



Creative Writing



Cabeza

Daniel Alejandro Álvarez Contreras

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Transito entre calles desoladas. El polvo sigue danzando alrededor de los descoloridos postes que alumbran tenuemente el sector. No sé si está helando, lloviendo o tronando. Mi cabeza se eleva cada vez más, pero me abandona. Se lleva mi consciencia, mis recuerdos y mis esperanzas putrefactas en la esquina derecha del sillón. Está aburrída. Se cansó de escuchar quejarme por horas. Ya no quiere seguir procesando idilios inconclusos que el viento se ha llevado con el tiempo. Quiere huir de mis miedos e inseguridades. Escapar de mi falta de determinación y entusiasmo. Ella le teme a mis episodios depresivos porque sabe que siempre terminamos en el hospital, con una sonda que nos ayuda a respirar y un catéter que elimina las toxinas que, en un frenesí, consumo sin pensar. Mi cabeza siempre me pregunta para qué le sirvo, y nunca le respondo. No sé me ocurre algo ingenioso para decir. Quizá, podría bromear diciendo que para lucir un cabello que brilla con el sol o para no perder el horizonte de vista jamás, pero sería algo que le molestaría. Nunca le han gustado mis comentarios fuera de lugar. Prefiere quedarse viendo la televisión, durante horas, a oír atentamente lo que tengo que decir.

Ella ya lo tenía planeado. Estaba alistando sus maletas con cuidado en un rincón, de modo que no tuviera la más mínima sospecha de su partida. Esperó, con paciencia, el momento indicado: una noche gélida, con el corazón roto, mientras mis pies se arrastran por el deseo de llegar a un lugar donde refugiarme de las condolencias que, a diario, persiguen mi andar. Asfalto áspero que roza mis zapatillas con suavidad. Eco intermitente de un grito de auxilio que jamás será atendido. Olor a familia, unidad y apoyo. Sabor a recuerdos, dolores de cabeza, drogas y un poco de alcohol. La ginebra siempre fue mi amiga cuando quería perder el control. Los cigarrillos, también tenían su papel: hacer turbio el momento en que mis palabras dejaban de tener sentido y las luces centellantes ganaban el protagonismo de mi campo visual, mientras la interferencia producida por las charlas ajenas y la música a todo dar se colaba por mis tímpanos congelados por la brisa de una madrugada ligera.

Antes de decir adiós, permanece un momento inmóvil. Creo que se arrepiente de su decisión. Parece que, después de todo, no soy un caso perdido. Pesa suavemente. Me recuerda que está ahí en ese preciso instante. Atenta a cualquier movimiento, señal, suspiro, murmullo, explosión desenfrenada de palabras sin sentido que quieren salir luego de estar en el exilio del silencio. Recuerdos. Lleva mi mano, con cuidado, hasta las letras que tengo grabadas sobre la piel de la clavícula: Memento Mori. Las hojas allí ilustradas se sienten más secas que nunca. Se quiebran cuando paso mis dedos sobre ellas. Caen al suelo, junto con las lágrimas descaradas de mis ojos. Comienzo a temblar. Mis piernas se agitan violentamente al ritmo de una balada prohibida por la cordura. Se mueven por sí solas, a toda velocidad. No puedo detenerlas. No escuchan mis suplicas. Están sordas a las razones y a los deseos de seguir caminando sin rumbo. La rosa de los vientos está averiada desde hace años a causa de la depresión y la constante agonía producida por el peso de las culpas y remordimientos.

Mis zapatos están rasgados. Cada paso se siente más y más cálido. El sol se ocultó tras las montañas hace horas, pero la atmosfera todavía conserva un poco de su esencia. Las luces de los vehículos se ven a lo lejos. El sonido de las llantas sobre una carretera deshecha se hace más estruendoso con cada segundo que pasa. Puedo oler el caucho que se quema sin piedad. Puedo oír sus alaridos cada vez que chocan sobre el asfalto repleto de piedras. Pide un respiro. Siento su respiración agitada. Mis pulmones me roban el aliento. Parpadeo y cuento hasta tres. Cuando abro los ojos de nuevo, veo un auto enfrente de mí. Cierro los ojos. Escucho un choque. El final perfecto para esta insípida sinfonía. Por fin, ella es libre para vivir sin ataduras. Sin una médula que la conecte a mi sistema y que la obligue a procesar mis ideales absurdos. En la muerte no se piensa. En la muerte, se pierde la cabeza